

dos á la servidumbre, exclamaba un historiador; cónsules, senadores, caballeros, todos van á ella; cuanto más ilustres, tanto más falsos y presurosos!" * El apresurado reconocimiento y aceptación del Gobierno de Gonzalez, aun por las clases y hombres ilustrados á quienes más repugnaba su fraguada elección, ofrece en la Historia de México un fenómeno semejante.

lez elevado á la presidencia por una votación más numerosa que las que elevaron á otros Presidentes en sus épocas de más popularidad, tales como la de Juárez en 67, la de Lerdo en 72 y la de Porfirio Díaz en 77..... Sirva esta nota de apoyo al pensamiento desarrollado en el texto. Aceptando que los 11,528 votos de Gonzalez fuesen verdaderos, esa verdad no era en aquel caso más que la expresión de esta otra: indiferencia en la gran masa del pueblo, siempre rebelde á votar, y servilidad extraordinaria para aceptar al candidato oficial en las clases cultas que "hacen política," representadas por los electores. "Nunca se vió en México un candidato oficial favorecido por una votación más numerosa," dice en este caso la Historia; y "nunca se vió en México un mayor rebajamiento de la virtud cívica," es lo que dice la Filosofía de la Historia.

* *Omnes in servitium ruere; consules, patres, eques; quanto quis illustrior tanto magis falsi ac festinantes.*—TÁCITO.—Anales, Lib. I.

CAPITULO III.

EL PRIMER DIA DE UN PRESIDENTE.

I.

Manuel Gonzalez, aturdido.

La situación particular de Gonzalez frente á la del país que le dejaba tan impasiblemente apoderarse de su dirección suprema, fué la del aturdimiento que se produce en un hombre pobre ante la evidencia de que acaba de sacarse el premio gordo de la lotería. Su existencia entera, llena de las fatigas de la pobreza y de la lucha, no habia tenido hasta allí, desde su primer día de vida en el Moquete, mas que fugaces períodos de reposo y bienestar. Gobernador de palacio en tiempo de Juárez, habia salido de su cargo casi despedido, (*)

(*) Mas adelante habrá que referirse mas particularmente á ese su gobierno de palacio cuando haya que estudiar su vida en el recinto de ese edificio.

ministro de la Guerra bajo su antecesor Porfirio, habia tenido que disputar su ministerio al general Ogazon á quien mas de una vez insultó personalmente para obligarle á salir, y entrado él en su lugar, salió á su vez bien pronto para emprender los trabajos de su propia elevacion á la presidencia. Largas marchas al Occidente del país aun no ligado con la capital por medio de vías férreas, ornadas y comisiones fatigosas en la áspera sierra del Nayarit, sufrimientos de agresiones inermes por parte del partido vallartista de Jalisco, y de agresiones armadas por parte de algun loco del partido benitista de Guanajuato que le dirigió en la calle algunos balazos: pudo decirse que Manuel Gonzalez llegaba al dorado sillón presidencial, saiendo apenas de la vida de cuartel, del polvo de los caminos y de las amarguras de su latente impopularidad. Derepente, tanto acatamiento y tantos honores, las granizadas de brindis de Huehuetoca, los osannas de la prensa adulatora, los once mil quinientos veintiocho votos cayéndole como lluvia de flores sobre la cabeza enmarañada, todo eso tenia que convertirle su placer en el estupor del deslumbramiento. Sin quererlo, hallóse en la

situacion de un hombre inculto, mal vestido y salpicado con el lodo de callejuela enfangada y sombría á quien se introdujese súbitamente en un espléndido salon de fiesta para ocupar el primer puesto bajo el dosel de terciopelo recamado de oro.

II.

Ceremonias.

Contábase entre el pueblo en los días que precedieron de cerca á su elevacion al poder que lo que más le preocupaba eran las ceremonias ineludibles de protesta de ley ante la cámara de diputados y discurso de aceptacion, en la mañana del 1º de Diciembre. El discurso de contestacion al presidente saliente era cosa cuya confeccion podia cederse á segunda persona; pero habia que leerlo y accionarlo, vestido de etiqueta, y esas tareas intrasmisibles le llenaban de embarazo anticipadamente. Por los mismos días, un sastre, como inspirado por la situacion angustiosa del nuevo presidente, discurrió obsequiarle con un frac *sin cos-*

turas. Lo habia hecho despues de multiplicados y prolijos ensayos, con la particularidad de que no lo habia probado en el cuerpo mismo del candidato, sino en el de un su amigo de muy semejante conformacion. Tarea dura era la de entallar perfectamente, sin auxilio de tijeras ni aguja, un pedazo de paño al torso taurino de Manuel Gonzalez; pero el sastre era catalan, y por lo tanto cabeza inteligente y obstinada, y consiguió al fin perfeccionar la peregrina pieza de indumentaria que, dentro de caja de madera preciosa, envió al candidato pocos dias antes de la esperada ceremonia. Valia tanto como decirle: "A usted que no está hecho á fracs, ahí le va uno sin costuras para que se digne ponérselo para las ceremonias en que le es de rigor." Y Manuel Gonzalez, dócil al obsequio, se puso el frac, y con él asistió á la solemnidad legal de inauguracion de su gobierno en la cámara de diputados. en la mañana del 31 de Noviembre. Se le vió esa mañana en el escenario del ex-teatro Iturbide, repantigado en el sillón presidencial, en la actitud de un rey en medio de su corte en el quinto acto de un drama clásico, luego se puso de pié ostentando el perfil de un dorso ad-

mirable, como si el frac del catalan hubiese tenido sobre su espalda combada las virtudes del corsé de Cesar Borgia, y en seguida formuló el "sí" de la protesta con la decision de un novio ante el cura. . . . No le faltaba mas que el discurso de Palacio. Suenan las diez y media y un coche de gala llega hasta el pié de la escalera del Palacio Nacional. De él baja Manuel Gonzalez, siempre con el frac á cuestras, y se dirige al salon de embajadores donde toma asiento al lado de Porfirio Diaz que cumple con su alocucion de entrega del poder supremo; y acto continuo pronuncia el segundo su discurso de contestacion que sonó en los oidos de los asistentes como un cuarto de hora de garraspera. . . . La ley no le exigía más para que empezara á ser presidente. Despidióse Porfirio que tuvo cuidado en alejarse á pié y sin honores oficiales, nuevo Cincinnato, á la vida de hogar, y quedó Manuel Gonzalez pensando en que al fin se hallaba en posesion de la inmensa finca del Palacio Nacional.

III.

"El Estado es Palacio."

Y era verdad. . . . Para los hijos de nuestras revoluciones, la Presidencia, el Poder Supremo del país se había confundido en sus ánimos y en sus ideas, con el Palacio Nacional de México. En sus días de combate ó de fuga por caminos, veredas y montañas, nuestros *pronunciados* volvían los ojos de su alma y todas sus ansias hacía el Palacio de la capital, como los mahometanos se vuelven siempre en tus oraciones hacía la mezquita de la Meca. En sus planes políticos, Porfirio Díaz había siempre expresado, sin darse cuenta de ello, este sentimiento de la multitud revolucionaria que le seguía, cuando ponía en ellos algo como esto; "este plan empezará á regir desde que el general en jefe de las fuerzas *regeneradoras* (revolucionarias) ocupe el Palacio Nacional. Obtener el Palacio era obtener. El triunfo decisivo, siquiera fuese en las garitas de la capital, no era completo sino hasta que los triunfantes llegasen materialmente á la puerta

y pudiesen esparcirse por los patios y corredores de Palacio. Esta sustitución de conceptos en virtud de la cual "la posesión del Palacio daba la posesión del Poder," tenía que llevar á ciertos espíritus materialistas hasta la recíproca: "la posesión del Poder dá la posesión del Palacio." Manuel González, que en su vida de campaña había estado siempre viendo el vetusto edificio en las más distantes lontananzas de sus sueños y ambiciones de soldado; Manuel González, que en tiempo de Juárez había gozado y abusado de los goces de gobernador palatino y había visto desvanecerse de repente su gubernatura, gracias á destitución impuesta por el mismo Juárez, tenía en su pasado particulares motivos para desear la finca con cierta clase de amor fanático, y para creer y deleitarse, en lo más hondo de su alma en dicha recíproca: "la posesión del poder dá la posesión del palacio." Viendo á Porfirio Díaz alejarse como un dueño antiguo que cede la casa al nuevo dueño, sintiéndose adulado y cortejado como señor en aquellos salones de que antes había sido simple gobernador ó mayordomo, las primeras impresiones que recibía de su nuevo poder, le vinieron del local en que tenía que ejer-

cerlo, más que de otra parte. En consecuencia, el país, la República, la inmensa extensión del territorio mexicano con sus diez millones de hombres, tenían que perderse ante su vista y solo quedar bajo ella, claro y distinto, el palacio, con sus salones, galerías, escaleras, patios, que tanto conocía. Lo conocía en todos sus rincones, pazadizos, sitios apartados y misteriosos, tan propios para hacer de ellos gabinetes de trabajo como retretes de placer. . . . "¿Con que todo esto es mio?—" "Sí señor, es de usted," le gritaba cada caravana, cada rendido ademan de los que se le acercaban. Venía el gobernador de palacio á protestarle que todo el edificio estaba tan completamente á su disposición como su propia persona, se le presentaba el conserje con su manojito de llaves pidiendo órdenes. No se necesitaba más para acabar de adherir su voluntad al palacio. Y bajo la influencia de ese sentimiento materialista, en vez de pensar en que le había caído en sus manos la suerte de un pueblo, no le fué dado pensar sino en que acababa de adquirir una nueva é inmensa casa donde podía gozar y prosperar. ¿Qué casa era aquella?

CAPITULO IV.

EL PALACIO NACIONAL.

I.

La nueva casa que Manuel Gonzalez adquirió ó creyó adquirir elevándose á la presidencia de México el 1.º de Diciembre de 1880, era una casa muy vieja. El observador no tenía más que verla para convencerse de que de lo alto de ella le estaban contemplando algunos siglos. En vano era que la escobaceasen y pintarreasen los albañiles, que los carpinteros repusiesen las puertas-vidrieras de sus balcones, que los arquitectos le añadiesen algunos apéndices de ornamentación ó de deformidad. . . . la casa quedaba siempre vieja á la vista, más vieja de lo que era realmente. Su fachada, sin ser ruínosa, parecía ruína; sin tener cuatro siglos aparentaba haber cumplido los diez y nueve de la Era. El Arte infunde eterna juventud á los edificios; la

ausencia del Arte les infunde una eterna vejez. Una columna de las ruinas helénicas de Poestum, un trozo de capitel del Foro romano medio hundido en el polvo, ellos con sus treinta siglos de existencia, no son á la mirada tan viejos como lo era el muro liso y la tosca cornisa de aquella fachada de tres siglos. Tres siglos son tres primaveras para la piedra arquitectónica; sólo que las tres primaveras pasan sobre ella sin hierirla cuando ha sido tallada bajo la inspiración de Miguel Ángel y colgada en una arquivolta de la Basílica; mientras que pasan afeándola y envejeciéndola como tres crudos inviernos cuando ha sido modelada por un tal arquitectillo Juan Peinado y empotrada en el jambage de una ventana de la casa que fué de Manuel González y había sido palacio de 62 viueyas.¹

Y sin embargo de vejez tan prematura, la construcción erigida sobre ese lado oriental de la gran plaza de México, ha tenido desde sus orígenes una novedad nominal. *Las Casas nuevas de Moctezuma*, le llamaban los últimos aztecas; *Casas nuevas de Cortés* le llamaban los primeros españoles; uno y otro nombre *nuevo* en oposición á las *casas viejas*

de Moctezuma y de Cortés situadas frente al Empedradillo, en el actual Montepío. . . . Un día del año de 1521, el conquistador castellano, pasando entre las ruinas de la Tenoxtitlan, arrasada de orden suya por quinientos mil demolidores, sintió remordimientos por tan inmensa hecatombe de muros y techos. El deleznable adobe del caserío de los *mazehuales* iba ya confundándose con el polvo del suelo, y sólo entre tantas ruinas desmoronadas, al lado del teocalli de Huitzilopochtli de pie todavía, como si fuera la maldición subsistiendo sobre la matanza, á su lado oriental vió el conquistador un monton de ruinas más sólidas en que abundaban materiales de cal y canto, pórfido, tezontli, y una especie de jaspe negro. . . . Eran los restos de las *casas nuevas* de Moctezuma. Y triste ante ellas el conquistador como Mario ante Cartago, amó el lugar que había abominado, sintió vagamente en el alma el arrepentimiento del sacrilegio histórico que acababa de cometer demoliendo el alcázar indio, y quiso repararlo, reparando con sus escombros el edificio mismo. A los pocos días, las piedras fueron removidas, los muros reconstruidos, pero no su

vieja arquitectura. Ella es hija de la época, y la ruda época indiana que la falsa historia ha querido presentar con un esplendor que no tuvo, no necesitaba en el edificio más que un espacio cerrado y acotado por un lindero que por lo bajo más se aproximaba al cercado que al muro, una puerta que no era más que un boquete abierto para dar paso al cuerpo de un hombre, y un *petate* colgado en ella enrollado ó desenrollado, segun se lo inspirara al habitante la atmósfera de fuera. Las *Casas nuevas* de Cortés se levantaron con las mismas piedras y en el mismo sitio que las de Moctezuma, modificadas con el nuevo sello que les imprimió la conquista. Era éste el sello caballeresco y guerrero de la empresa de Cortés en la tierra sometida. La construcción, aun la destinada para simple vivienda del conquistador, se la levantaba con el pensamiento en el combate. De allí el muro almenado y atronero, con torreones ó bastiones en los flancos, que tuvieron las *Nuevas Casas* de Hernan Cortés. Era un edificio de defensa contra la posible agresión del indio mal subyugado. No le faltaba para castillo feudal ni aun el foso guarneciéndole

al pié. Teníalo hácia el costado Sur, en la *Acequia*, cuya zanja se dirigia por medio de la calle entre él y el mercado que despues se llamó del Volador; y circundado por las lagunas que ceñian la casi flotante Tenoxtitlan, resultaba como una fortaleza natural provista de los recursos militares de la época. La artillería coronaba sus bastiones, y en caso dado, un arcabuz asomaba por cada una de las troneras abiertas como hendiduras bajo las ventanas, y entre almena y almena, salian bocas inflamadas por el azufre del Popocatepetl * escupiendo plomo.

Murió Cortés, y su *Casa nueva* fué adquirida, por el gobierno vireinal, de su heredero el Marqués del Valle, D. Martin, á quien la compró para residencia del virey, Audiencia y otras oficinas públicas mal halladas en las *Casas Viejas* del Empedradillo. Desde entónces, el edificio aquel fué Palacio de Gobierno, con varias y sucesivas modificaciones que jamás pudieron borrar su sello primitivo. Sus cualidades distintivas no fueron desde entónces

* Histórico. Hernan Cortés, careciendo de pólvora, y no teniendo más que uno de sus componentes, salitre, hizo extraer el azufre que le faltaba, del cráter del Popocatepetl.

más que dos: la grande extension y la fortificacion. "*Quanta et quam munita facies!*" (¡Qué grande y qué fuerte fachada!) exclamaba en 1554 Francisco Cervantes, célebre latinista mexicano, por la boca de un personaje de sus *Diálogos*, refiriéndose al Palacio vireinal. Almenas, troneras, torreones y una area considerable era todo lo que le recomendaba á la atencion. Esa area comprendia, á más de la fila de habitaciones del frente, única construccion primitiva, vastos solares y un huerto en calidad de dependencias de la finca. El precio en que el Gobierno la obtuvo fué el de 34,000 *castellanos*, con la adicion de \$ 9,000 en materiales de construccion, suma que en pesos arrojó la cifra cabalística de \$ 33,300. Esa suma sirvió para dotar á dos hermanas del marqués próximas á contraer matrimonio. ¡Singular manera de albergarse por los siglos de los siglos tuvo el gobierno de México, que buscó asiento sobre las ruinas de un alcázar indio y lo halló mediante un desembolso para casar con sus novios á dos hijas del conquistador!

II.

Acaeció dicha compra de las casas destinadas á Palacio el año de 1562, en que reinaba en España Felipe II. Con su mandato ó autorizacion se la hizo, y él asignó á la finca *para reparos* la enorme suma de 150,000 maravedís anuales, que no hacen más que 220 pesos. Se comprende que con tal dotacion no habia para hacer de ella la octava maravilla. Felipe II, el hombre del Escorial, derrochó todo el génio clásico de España en su monasterio aparrillado al pié del Guadarrama, y no quedaron para el Palacio del vireinato de México más que algunos maravedís para sobreponer piedras sin el socorro del Arte. Eso sí: se trajo mucha piedra arrancada al vecino cerro del Peñon, y se empezó á fabricar dos órdenes de galerías, crujías de aposentos, una escalera de doble ramal, todo vasto, pero sin orden. A uno y otro lado del gran patio, patios menores sin relaciones de simetría ni estilo, y luego cada virey nuevo venia añadiendo un ele-

mento nuevo al desconcierto. Parecía perseguirse un ideal arquitectónico inspirado sólo por la necesidad del lugar ó del momento. Se necesitaba en cierto aposento un haz de luz solar para algunos escribientes, y venia la barra del albañil á abrir una ventana ó balcon aunque fuese en la fachada principal, sin consideracion ninguna á la apariencia exterior del nuevo agujero. . . . El fuego llegó en auxilio del desbarajuste. El tumulto popular de 8 de Junio de 1692, tizno ó consumió con la tea del incendiario lo que no habian deformado las picas de los albañiles, y fué tras de ese incendio cuando vino de España el dicho Juan Peinado á peinar lo que las llamas enmarañaron. Arquitecto ó maestro de obras, el Juan Peinado despreció como incorregible la fase frontal, y se dedicó á aligerar y enaltecer las arcadas de los patios, labrándolas en *almohadilla*, como están aún las del principal. Era demasiado. . . . Los vireyes, deleitados ante los losanges de piedra del *almohadillado*, se ilusionaron de que su caseron era realmente un palacio, ilusion que dividieron con ellos tres generaciones de presidentes y dos emperadores. Sólo en

1843 hubo un pujo de indignacion contra aquel frontispicio destartado, y se combinó un proyecto para renovarlo; pero el proyecto se estrelló en las cajas exhaustas del erario. . . . Los gobernantes más espléndidos se contentaron, pues, con parchar ó emperjilar el armazon de cal y canto, con el mismo empeño que se pone en ciertos museos de Historia Natural en pulir y barnizar los huesos de un megaterio. El virey Venegas estrechó el antiguo huerto convertido en Jardin Botánico para hacer un cuártel hácia el lado del Volador; uno de los primeros presidentes levantó en el fondo de patio principal la Cámara de diputados; Santa-Anna renovó la decoracion del salon de recepciones, que él llamó salon del trono; Maximiliano retalló la piedra del patio llamado bajo la República "de la presidencia," y coronó la fachada con dos ángeles de bronce; Benito Juárez hizo el embaldosado del gran patio, y todos los demás pusieron al edificio su adefesio en forma de nueva perforacion en los muros exteriores, ó de nueva oficina interior ó superpuesta. La fachada, la pobre fachada, acribillada de claraboyas, ventanas esparcidas sin orden y con 23 balcones hácia la mitad derecha y 16

hacia la izquierda, apareció cierto día de la era tuxtepecana á los ojos de los pacíficos habitantes de México adornada en lo alto con una construcción que primero se creyó fuera un palomar ó institución semejante al Depósito militar, para recoger y mantener á todos los pichones vacantes; pero luego se supo que era fotografía, y los pacíficos habitantes quedaron satisfechos. . . . Sólo algunos hubo que lamentaran que todos los retratistas de la ciudad no subieran á erigir sus fotografías por todo lo largo de la fachada, con el objeto de que ya que se había decidido ponerle una cresta, fuese ésta completa sobre la frente del edificio.

Tal había sido la historia del edificio en que el Estado, el poder de México, radicaba y llegó á encarnar, como en las antiguas monarquías de Europa, encarnaba en la persona del soberano; tal era su formación: heterogénea y antiestética, en su origen como la guerra que lo erigió, apenas corregido en su deformidad por las restauraciones y recomendado ó pegoteado después por la vanidad ó la tontería. Algo recuerda ese Palacio por sus vicisitudes y por su aspecto hostil y

sombrio el *Castello del Santo Angelo* en Roma erigido al borde del Tiber, para ser primero tumba del emperador Adriano y después castillo donde se fortificó la invasión goda. Sin haber sido nunca tumba como el castillo romano, tiene toda su tristeza, quédale como á él indeleble su aspecto de torva expectativa de una agresión que ya nunca se mira, y hasta dos nuevos angeles de bronce que Maximiliano de Austria lanzó en estribos de piedra sobre la fachada reviven en el observador la impresión del angel con la espada desnuda que corona el monumento romano. Castillo de San Angel cuadrado, no circular como el verdadero, en él ha dejado el historiador á Manuel Gonzalez en el primer día de su presidencia y en él le seguirá durante toda ella como en su principal centro de acción.